

Las calandrias griegas

El autor, por edad y formación, es ubicable en este conjunto de narradores que emergió en los años sesenta, y en los que la preocupación por la ciudad, o más claramente, el descubrimiento de su viabilidad literaria, se transformó en algo fundamental. También comparte con ellos, esa debilidad por los personajes densamente intelectuales, muy *nouvelle vague* (no era capricho de los críticos hacer hincapié, como ocurrió en su momento, en las influencias del cine sobre estos escritores).

Pero hay un elemento esencial que, en esta novela, diferencia con claridad a Galmés de su promoción: la clave poética, el lente —si se permite alargar la referencia fílmica— entre nostálgico de un pasado preciso y atemporal, que es el mayor hallazgo de la obra, su originalidad. ***Necrocosmos***, su primer *opus*, se encuadraba con más claridad en la perspectiva más realista que privó en esa generación.

Pensamos que en ***Las calandrias griegas*** el autor encontró su tono creativo. Por esa razón los personajes son más vivos, artísticamente, que los de ***Necrocosmos***, donde trababan demasiados esquemas, desde cierta deformación profesional que ocasionaba caídas en el excesivo intelectualismo —Galmés es profesor de literatura— hasta los nubarrones sociológicos que amenazaban a cada paso endurecer con una tormenta de condicionamientos la dinámica interna de la novela. Ahora, todo está más decantado; las referencias culturales enriquecen el texto, y el contexto espacio-temporal (ese basamento unido a determinada situación de realidad histórica) se da naturalmente, se encarna en la estructura profunda del relato, y por supuesto se proyecta más rotunda y creíble.

Para terminar: en esa crisis, interna y externa, que sufre Adonis, encontramos casi explícitas referencias al pasaje ritual de renovación de todas las cosmogonías religiosas. Es que ***Las calandrias griegas*** trae a la novela uruguaya algo inédito: la dimensión metafísica (elemento fundamental en toda la novelística del siglo, que entre nosotros sólo podíamos encontrar en algunos momentos del mejor Onetti).

Alejandro Michelena, Crítica literaria publicada en "Mundo Color" Montevideo, el martes 7 de marzo de 1978.